Capítulo 2 - Solo recompensas justas: Edición revisada (MHA, OC)

- Capítulo 2 - Solo recompensas justas: Edición revisada (MHA, OC)

Capítulo 2 - Solo recompensas justas: Edición revisada (MHA, OC)

Mansión Higawara, Musutafu.

"Depende de a dónde quiera ir Hisoka," insistió Hayami. "Deja de intentar convencerlo—una manera u otra."

"Obviamente, es su decisión a dónde ir," dijo Sajin, sacudiendo la cabeza. "Solo digo que no tienes que enredarte en la tormenta mediática—Shiketsu High School es igual de buena que U.A."

"Si no estás tratando de convencerlo," dijo Hayami, observándolo fijamente. "¿Entonces por qué no has mencionado ninguna de las otras escuelas ni una sola vez?"

"Porque no están en el mismo nivel—Isamu Academy High School es pequeña, nueva, y no tiene mucho apoyo económico—Seijin High School podría ser en realidad alguna especie de culto," explicó Sajin, "Seiai Academy probablemente está al mismo nivel que los dos grandes, pero la última vez que revisé, Hisoka era un niño."

"No es—un culto," replicó Hayami, claramente eligiendo sus batallas. "¿Qué tal Ketsubutsu Academy?"

"La única característica definitoria de Ketsubutsu Academy es que todos los estudiantes querían ingresar a U.A," afirmó Sajin, en un claro intento de provocarla. "Solo hay dos opciones realistas aquí."

Hayami pareció indignada por su desglose de las escuelas y agitó su mano como para alejar sus palabras.

"Hisoka, ¿estás seguro de que quieres ser un héroe?" intentó Hayami, devolviendo la conversación al punto de partida. "Es tu decisión, por supuesto, pero esa carrera es peligrosa, y te podría ir bien enfocándote más en las artes—"

"¿Y ahora quién intenta convencerlo?" acusó Sajin.

Por interesante que fuera verlos a ambos intentar argumentar por sus preferencias sin forzarme directamente a elegir alguna, todo era bastante inútil, pues mi decisión de carrera y la escuela que

facilitaría alcanzarla se había tomado hace mucho tiempo.

"Me gustaría inscribirme en U.A. High School," dije.

Sajin se recostó en su asiento, angustiado por que no hubiera optado por inscribirse en su antigua escuela y exagerando deliberadamente su movimiento para mayor efecto—but estaba claro que en realidad no estaba molesto. Hayami estaba menos segura acerca de su elección, pero eso se debía a que no quería que me pusiera en peligro, y la vida de un héroe no sería más que eso.

"Si estás seguro—por mí, está decidido entonces," logró decir Hayami. "Sajin, ¿cuándo deberíamos contactar con la escuela?"

"Las solicitudes no se envían hasta fin de año, y él las recibirá primero de su profesor de aula," explicó Sajin, "Lo mejor es que tengo todo el año para convencerte de Shiketsu."

Sajin captó mi mirada sobre la mesa de la cocina y luego me envió una chispa de sonrisa para mostrar que solo bromeaba. Parecía más centrado en hacerle la vida difícil a su hermana que en intentar convencerme, aunque esa había sido la intención en la mayor parte de esta conversación. Ya sabía que estarían contentos con mi elección, sin importar lo que decidiera.

"¡Deja esa tontería, bufón," suspiró Hayami, con un dejo de cansancio. "U.A. está en el extremo opuesto de la ciudad—¿cuánto tiempo será el viaje diario?"

Sonreí ante el tema, esperando que surgiera, aunque no estaba seguro de si sería durante esta conversación específica o en los meses venideros.

“No tengo idea, porque fui a Shiketsu,” dijo Sajin de manera indiferente. “Eso está mucho más cerca de aquí, por si te preguntabas.”

Hayami le lanzó una mirada de resignación prolongada, y aproveché el momento para intervenir antes de que el tema se desviara y la oportunidad se perdiera.

“Está a una hora y media de aquí en tren,” dije, “Tres horas al día son mucho tiempo que perder en un viaje, pero estoy dispuesto a hacerlo para asistir a la escuela de mis sueños.”

Sajin silbó ante el comentario, pero no pareció demasiado sorprendido; Hayami fruncía el ceño claramente por la cifra.

“Eso es mucho tiempo perdido,” dijo Sajin, levantando la vista hacia el techo por un momento. “¿Quizás sea hora de vender la antigua casa familiar y mudarlos a un rancho en el otro extremo del pueblo?”

Hayami inhaló con sorpresa por la idea, y luego le lanzó una mirada completamente escandalizada, claramente molesta de que siquiera sugiriera algo así. Yo lo observaba de reojo, preguntándome si de alguna manera ya había descubierto mi intención, o si mi intento de guiarlos hacia la idea de mudarse más cerca había tenido éxito realmente.

“No podemos vender la mansión,” gritó Hayami, “¿No sabes lo antigua que es esta casa?”

El bigote de Sajin se movió tratando de esconder su diversión, pero ella parecía darse cuenta de todos modos; su intento de derramar agua sobre él fue interceptado por la masa de arena que surgió de su brazo.

“Entonces, conserva la mansión—yo cedo, yo cedo,” dijo Sajin, todavía riendo. “¿Y qué tal si le alquilamos un lugar más cerca de la escuela? Hay muchas casas de apartamentos en ese lado de la ciudad.”

“¿Un apartamento?” preguntó Hayami, con incertidumbre. “Eso—él viviría solo.”

Eso había sido algo que contemplé pedir y luego descarté, porque pensaba que era completamente improbable que tuviera éxito—pero no esperaba que alguien más fuera el que lo sugiriera.

“Es mucho más maduro que nosotros a esa edad,” comentó Sajin, “Eso también le daría un poco de independencia.”

Poder evaluar las reacciones de ambos ante la propuesta sin ser quien la hiciera ni quien sugiriera la idea de mudarse fue una oportunidad invaluable. En ese momento, Sajin había llegado a esa conclusión por sí mismo y ahora defendía la idea en mi nombre—casi no podía creer lo bien que había salido todo.

“Pero—” empezó Hayami y luego se detuvo. “No podemos dejarlo solo.”

“Ya lo hacemos, en menor medida, y ha demostrado que puede cuidarse mientras estamos fuera,” afirmó Sajin, “Hisoka estará en la escuela la mayor parte del día, y podemos comenzar a hacer fines de semana juntos para asegurarnos de vernos.”

Sajin tenía razón, porque los viajes improvisados que parecían llamar a Hayami en cada par de semanas no se habían detenido con los años, y a medida que había ido madurando, el nivel normal de supervisión había disminuido gradualmente, dado que ahora era más capaz de cuidar de sí mismo por períodos cortos. Ahora, a los catorce años, Sajin solo necesitaba revisar una vez al día para asegurarse de que estaba bien, que había comido y que nada había salido mal. Además, siempre llevaba un teléfono, donde podía llamarlo si alguna vez necesitaba algo, aunque nunca había tenido que usarlo. Por su lenguaje corporal, se podía notar que ella era reacia a la idea, pero no totalmente en contra, y sus respuestas mostraban que toda esa situación era algo completamente novedoso para ella.

Hayami no había tenido tiempo de elaborar una verdadera defensa contra ninguno de los argumentos presentados ni siquiera de aceptar realmente si le gustaba o no la idea. También estaba claro que podía inclinarla fácilmente en esa dirección sin mucho esfuerzo de mi parte, principalmente porque había un beneficio visible para todos los involucrados. Hayami disfrutaría del tiempo para sí misma y esto aumentaría el periodo en el que se sentiría segura para dejarme en paz. Sajin sería más libre para volver a sus tareas, menos restringido por la necesidad de patrullar solo dentro de Musutafu cada vez que Hayami se ausentaba.

El beneficio obvio que ellos asociarían con mi postura era que no tendría que pasar tres horas en un tren cada día, y aunque eso era exactamente lo que buscaba, no era por las razones que probablemente suponían. Porque tres horas diarias, cada día, sumadas en un año, equivalen a cuatrocientos horas que podrían aprovecharse mejor en otros asuntos. El tiempo que se perdería cada día por asistir a la U.A. High School solo podía justificarse por el potencial de recibir la mejor educación de héroes en Japón y, a través de ella, invertir en capacitación avanzada y necesaria.

—Creo que esa podría ser la mejor solución para este problema—, dije, tomando la iniciativa. —No sería muy diferente a nuestro sistema actual, y podría dedicar esas tres horas a estudiar en casa, en lugar de estar sin hacer nada en el tren.

Hayami volvió a mirarme, visiblemente desconcertada, pero yo había descubierto hace mucho qué palancas presionar para llevarla hasta el borde de la decisión.

—Sin embargo, sé que eso sería costoso, y no quiero sobrecargarte financieramente más de lo que ya lo he hecho—, dije, interpretando intencionadamente su respuesta no verbal. —Estoy más que dispuesto a tomar el tren si eso prefieres, Tía Hayami.

Hayami había sido increíblemente adinerada mucho antes de acogerme, gracias a la parte de la herencia de Higawara que le correspondía, a su talento de clase mundial en el arte y a toda la fama y oportunidades que ello le brindaba. Manifestar que pensaba en los costes asociados con acogerme y mantenerme durante todos estos años sería un catalizador con respuestas muy limitadas. Y todas ellas acabarían por minar sus propios fundamentos para oponerse a la idea. Seguramente intentaría tranquilizarse, y eso, a su vez, la encadenaría a un curso de acción que no había tenido suficiente tiempo para analizar con mejores opciones.

Más allá de eso, afirmaría que me sentía feliz con la idea, y ella tendría que luchar contra una resistencia para retractarse—lo que sugeriría que, en realidad, yo era una carga económica, después de todo. Era un movimiento calculado, y no me sentía del todo bien utilizándolo con Hayami, pero también sabía que sería sumamente efectivo—y con su éxito, estaría un paso más cerca de encontrar a Nanami Kureta.

—No eres una carga para mí, y nunca lo has sido—, dijo Hayami, sonando conmovida por todo ello. —Si quieres intentarlo, adelante; ya nos has demostrado que estás más que preparada para afrontar una responsabilidad como esta.

Incliné la cabeza ante las palabras, incómodo por lo efectivas que habían sido en realidad, pero antes de poder responderle de alguna manera a su acuerdo, Sajin intervino.

“En cualquier caso, ambos estamos a solo una llamada de distancia, así que no será como si él quedara varado o algo así,” dijo Sajin, “Tendremos que organizar un horario de compras, a menos que prefieras que todo se entregue, como un perezoso aquí.”

“No soy perezoso; simplemente es más eficiente que lo entreguen,” dijo Hayami antes de aclararse la garganta. “Hisoka—¿te gustaría probar vivir solo por un tiempo?”

“Creo que me gustaría intentarlo,” murmuré. “Gracias, tía Hayami.”

Hayami se levantó de su asiento, y me encontré siendo abrazado en uno de esos pocos pero valiosos momentos de cercanía que se daban de vez en cuando.

“Eres un buen chico, Hisoka,” dijo Hayami, con la voz un poco temblorosa. “Hablaremos de esto con más detalle cuando nos acerquemos un poco más a la fecha de la solicitud, pero ¿hay algo más que creas que puedas necesitar?”

Hayami ya me proporcionaba más de lo que necesitaba en todos los aspectos de mi vida, y este resultado era mucho más de lo que inicialmente había esperado —pero había una cosa más que creía que podría querer.

“¿Puedo comer más de mi pastel de cumpleaños, por favor?” pregunté. “Es realmente delicioso.”

“Por supuesto que puedes,” dijo Hayami. “Me alegra que te guste tanto.”

“Es como reloj, ¿no?” dijo Sajin, sonriendo ahora. “¿Puedo tomar otro pedazo también?”

Manor Higawara, Musutafu.

El cuerpo de Hiroshi Kureta fue hallado en el río Inouzawa, en la ciudad portuaria de Shimoda. Sin embargo, Kana Kureta fue encontrada más lejos, en Suzaki, justo cerca del centro de buceo. Ambos cuerpos estaban amordazados con cinta adhesiva en las manos y pies. La clara semejanza era que ambos cadáveres habían sido localizados en el agua y en un radio de un kilómetro y medio de una ruta marítima muy transitada. Los cuerpos estaban gravemente dañados, tanto por el agua como por las piedras. Se determinó que Hiroshi había fallecido al menos dos horas antes que Kana, y aunque su cuerpo había sufrido múltiples heridas por golpes, la causa de su muerte fue la asfixia por ahogamiento. La hipótesis dominante antes de cerrar el caso era que había sido atacado por un agresor desconocido, sometido, golpeado y luego arrojado al océano aún con las piernas atadas.

Se descubrió que, aunque Kana también fue arrojada al mar aún sometida, su muerte ocurrió mucho antes, por hemorragia craneal —y algo que no había salido en los informes, pero que no había trascendido en las noticias, era que ella también había sido víctima de agresión sexual. El ADN encontrado no coincidía con ninguna entrada conocida y no podía rastrearse a ninguna fuente. No supe de esta información hasta años después de que el caso estaba cerrado, y solo porque descubrí un blog en línea que se especializaba en mantener archivos de casos criminales sin resolver en todo el mundo. Quien mantenía esa página tenía mucho más acceso a los informes que el público en general, y fue mediante esa información que inicié mi propia búsqueda.

El foco principal de mi investigación en ese momento era la ruta marítima y las embarcaciones que habían estado en el área. La ruta desde Shimoda llevaba a varias pequeñas islas—todas ya fou exploradas en la búsqueda y rescate inicial—antes de regresar a la Bahía de Tokio, y de allí, ramificarse hacia otros lugares. Me llamó la atención que el asesino hubiera llevado a las tres víctimas desde su hogar en Musutafu hasta Shimoda en primer lugar. Si el culpable hubiera querido esconder los cuerpos en algún agua, podría haberlo hecho en la Bahía de Suruga. Eso

implicaba que no deseaba que la búsqueda se centrara en Musutafu—lo cual parecía improbable, ya que las víctimas eran de allí, siendo ese el primer lugar en que se buscaría—o que existiera una razón específica para ir a Shimoda que superaba el riesgo de que tres rehenes fueran llevados hasta allá.

Shimoda tenía una población de 78,900 habitantes en el año 2147, y durante el último siglo había mostrado un crecimiento lento y constante. Era una ciudad portuaria que, en tiempos pasados, había estado en el centro de un debate sobre la política de aislamiento nacional. Su economía se sustentaba únicamente en el turismo y la pesca comercial. Atribuía su fama a varias playas que eran destinos populares tanto para residentes de todo Japón como para visitantes internacionales. Había pasado años reflexionando sobre todo lo que sabía de Shimoda, pero esa visión tan amplia me dejaba sin una respuesta acerca de por qué era un lugar especial. ¿Por qué el asesino llevó allí a tres personas antes que a otras opciones más cercanas y fáciles, y luego eliminarlas, cuando existían alternativas más simples?

Nadie había visto a Hiroshi, Kana o Nanami dirigirse hacia Shimoda, y su coche había estado en la casa. No habían utilizado transporte público, lo cual habría sido imposible si ya estaban en manos del captor en ese momento. Tampoco se les había visto salir del puerto, aunque ese día salían de allí miles de personas en barcos, con cientos de embarcaciones en movimiento. El análisis de las corrientes indicaba que Hiroshi Kureta había sido llevado de regreso a la desembocadura del río Inouzawa, sugiriendo que había estado en la bahía, y que el movimiento del océano lo había arrastrado hasta el lugar donde fue encontrado. La ubicación del cuerpo de Kana se determinó que provenía de aguas aún más alejadas en el océano, lo que confirmaba que los tres habían estado a bordo de alguna de esas embarcaciones que partían del puerto.

Todos esos cuerpos presentes en los muelles, y, de alguna manera, nadie había visto nada sospechoso. ¿Cómo puede alguien manejar que una familia de tres personas—actualmente con vida según la cronología preliminar—suba a un barco sin ser visto? ¿Por qué arriesgarse a ser visto si no era una necesidad absoluta? La línea de tiempo sugería que Hiroshi fue lanzado primero, y luego Kana, en lugares distintos, lo que significaba que la embarcación seguía la ruta marítima habitual. La hora aproximada de su muerte, según la policía, indicaba que la nave partió de Shimoda después de las seis de la tarde.

De entre las decenas de barcos que salieron en ese horario, uno de ellos transportaba a Nanami Kureta—y esa era la embarcación a la que iba a seguirle la pista.

Pasana, Escuela Secundaria Musutafu.

“Este será su último año en nuestra escuela, y espero que todos se comporten de manera adecuada,” dijo Ide Yogi. “Que no quede duda alguna de que, aunque se vayan al terminar, las consecuencias por mala conducta seguirán siendo las mismas—¿Entienden?”

Hubo un rumor de asentimiento en la clase, y me asegure de dar mi respuesta en un tono que contribuía a ese coro.

“Perfecto, en ese caso, lo mejor sería que empezaran a pensar en qué escuelas quieren aplicar, en lugar de dejarlo para el final del año,” continuó Ide. “Es mejor tomar decisiones tranquilas y racionales con anticipación, que andar apurados en los últimos días—¿Hay alguno de ustedes que aspire inscribirse en una academia de héroes?”

Casi todos levantaron la mano, como era de esperarse, pero yo preferí dejar la mía abajo, porque resultaba evidente que el maestro quería hacer un punto. Desde hacía tiempo había aprendido la lección de no llamar demasiado la atención, y no quería volver a pasar por lo que sucedió en la Escuela Primaria Musutafu. Era mucho más sencillo mantener el silencio, dejar que los demás tomaran la iniciativa y así tener más tiempo para observarlos.

“Entiendo,” dijo Ide con interés. “¿Quién de vosotros intentará ingresar a la Escuela Secundaria U.A.?”

Un tercio de las manos permaneció levantada, algunos de los más confiados o quizás los más esperanzados de la clase, resistiendo la atención para plantar su bandera en la arena.

“Es importante aspirar a lo alto,” afirmó Ide, asentando con la cabeza. “Esperaré que los seis de vosotros superen con mucho a los demás en las pruebas.”

Hubo algunas risas nerviosas ante el comentario y la revelación de que todo había sido una trampa para fomentar que estudiaran más—

“Akito,” dijo Ide, “¿Dónde piensas inscribirte?”

Akito era uno de los tres alumnos que no habían levantado la mano, y el muchacho suspiró antes de levantarse, dejando atrás la pereza en la que había caído al sentarse por primera vez.

“En realidad, no quiero ser un héroe,” dijo Akito, “Me gusta fabricar cosas, así que quizás una escuela técnica.”

“Muy bien,” dijo Ide, aparentemente impresionado. “Te recomiendo que prestes atención a la ingeniería, la carpintería y la metalurgia; serán especialmente útiles para tu futuro.”

“Gracias,” dijo Akito.

“Puedes sentarte,” dijo Ide, “Ahora, espero que mi punto haya quedado claro y que cada uno de vosotros realmente considere esto—me sentiré muy decepcionado si en la última semana de clases vienes a mí sin haberlo hecho.”

La chica de cabello rubio y piel bronceada, que estaba sentada justo detrás de mí, dejó escapar un suspiro audible de alivio al escapar sin quedar incluida en el interrogatorio. No pude evitar coincidir con su sentimiento, porque había supuesto que la mirada inquisitiva de Ide recaería en mí a continuación y que, en última instancia, tendría que revelar mis intenciones de inscribirme en U.A.

Escuela Secundaria Pasana, Musutafu.

Me levanté en respuesta a mi nombre, mis ojos desplazándose por las palabras foráneas en la página, antes de hablar. Las palabras fluyeron con facilidad; las largas horas de práctica y las silenciosas conversaciones con la tía Hayami y el tío Sajin me habían permitido forjar una base sólida en esa lengua.

“Muy bien, Hisoka; puedo ver que has trabajado duro,” dijo Ide satisfecho. “Puedes volver a sentarte—Akito, el último pasaje es para ti.”

Akito suspiró ante esas palabras, pero claramente no tenía fuerzas para discutir o arriesgarse a la ira del rígido profesor pidiendo clemencia. El chico abrió el libro, encontró la página y abrió la boca—una línea verde larga, gruesa, redondeada y con anillos de material endurecido—que atravesó la ventana a la izquierda del edificio. Empujó el cristal hacia adentro, la punta afilada y angular rasgando sin detenerse. Se lanzó a través de la habitación, extendiéndose sin límite hasta que impactó en el hombro de Ide Yogi, cuyo ritmo de paso lo colocaba justo en su camino. La punta afilada atravesó la piel del hombre, atravesó del otro lado y lo levantó del suelo con la fuerza del impacto, llevándolo hacia atrás por toda la sala. Pasó a través de la puerta corrediza y entró en el pasillo, hasta que finalmente se detuvo, encajada en la pared. Dejando a Ide colgado del suelo, sus manos agarrando la vara mientras lanzaba un grito de dolor.

“Cúbranse,” gritó Ide, “¡Todos al suelo ahora—!”

Eso fue todo lo que se necesitó para romper la quietud congelada que había sumido toda la clase, y un torrente de gritos se elevó al romperse la tensión. De repente, una veintena de niños estaba en pie, escritorios y sillas resbalando por el suelo en su precipitación por tirarse al piso—y comprendí, al ver que otras dos lanzas verdes atravesaban las ventanas opuestas, que quien atacaba nuestra escuela no había terminado. Docenas más comenzaban a acercarse, golpeando las paredes, atravesándolas y enviando cristales, ladrillos y fragmentos de madera volando por toda la sala—y me encontré de pie, con la mano extendida hacia la amenaza en ciernes mientras una enorme pared de arena se elevaba en el aire.

Podía sentir cómo los impactos aumentaban a medida que el ataque se volvía más concentrado, y empujé —la arena comenzó a derramarse por las ventanas y a deslizarse por el costado del edificio en una cascada creciente, mientras el escudo se expandía para cubrir también las dos siguientes plantas. La generación de tanta arena trajo consigo un súbito aumento en mi agudeza visual, y ahora podía ver todo lo que ocurría fuera del edificio—había un hombre solo en el césped, cerca de la entrada de la escuela. Estaba rodeado por un campo de lanzas verdes, con los brazos levantados y apuntando hacia la escuela, mientras innumerables varas de bambú afiladas emergían de sus manos en una lluvia incesante.

Ya incapaz de penetrar la gruesa masa de arena, ajustó su objetivo hacia las demás plantas—ahora que podía verlo, la mejor estrategia sería forzarle a defenderse y evitar que continuara apuntando a la escuela. Pero no se me permitía usar mi poder para hacer daño a las personas; eso me lo habían dejado bien claro muchas veces, y aunque esta fuera una situación única, no poseía licencia de héroe—no podía atacar, pero sí podía defenderme. Comencé a multiplicar la arena en respuesta, cubriendo toda la fachada del edificio escolar, y la voz de Ide resonó desde el pasillo.

“¡Todos—salgan de la habitación!”, logró decir Ide, con la voz cargada de dolor. “Manténganse agachados y váyanse lo más rápido posible.”

Envié un filamento de arena rugiendo hacia el interior y atravesé el pasillo; se enroscó alrededor de la vara de bambú, clavándola en la pared, circundándola por completo—y entonces, se quebró bajo la fuerza de mi agarre. Lo atrapó antes de que cayera al suelo, y ayudé al hombre sangrante a ponerse de pie. La fuerza del bambú aumentó cuando el hombre dejó de contenerse, y las pequeñas, delgadas varillas de bambú se espesaron hasta casi igualar el ancho de los faroles que recorrían la vía detrás de él. Me acerqué a la pared de arena, buscando una posición más favorable para usar mi poder—

“Hisoka”, dijo Ide, observándome desde el pasillo. “No salgas allí—”

Me deshice al entrar en contacto con ella, emergiendo de la masa de arena que ahora cubría el techo del edificio, y luego absorbí la visión de la escuela con mis ojos normales. Amplié la defensa formando una masa curva, construyendo una cúpula impenetrable alrededor de toda la escuela y reduciendo los objetivos a los que podía apuntar—y entonces, como era de esperarse, el hombre me vio por primera vez. El siguiente ataque llegó más rápido, más grande, y ahora dirigido directamente a mi posición en la cima de la cúpula. La arena spiraló en su camino, formando una serie de escudos gruesos que interceptaron, desviaron y rompieron el ataque al acercarse—las manos del hombre se juntaron por primera vez, y de sus palmas emergió una lanza enorme, moviéndose tan veloz que, si no la hubiera visto desde mil ángulos distintos, quizás no habría podido reaccionar a tiempo.

Junté todos los escudos pequeños en una sola masa justo antes del impacto—la lanza seguía avanzando, mi defensa de último momento no fue suficiente para detenerla por completo. Más arena se levantó a su alrededor, enroscándose en su longitud mientras avanzaba—la enorme vara de bambú rompió su camino. La punta impactó en mi hombro y en mi pecho, desgarrando mi brazo en el proceso. Por un momento, no pude moverme, el dolor demasiado intenso, y mi mente se congeló en medio de la tormenta—y entonces, me deshice por completo.

El dolor desapareció, pero en su lugar surgió una rabia que no había sentido en muchísimo tiempo. La cúpula se elevó hacia arriba mientras multiplicaba toda su extensión de una vez, levantándose en una marea de arena que duplicaba la altura del edificio de la escuela—la enorme lanza de bambú se rompió al ser forzada a levantarse en un ángulo, y observé cómo el hombre la miraba con la boca abierta justo antes de que cayera sobre él. Intentó en cima de último momento construir una jaula de bambú a su alrededor, pero para entonces ya lo tenía en mis manos. Las estacas de bambú entrelazadas no hicieron nada para detener la arena; simplemente pasaba entre los huecos, buscando al hombre en su interior y llenando todo el espacio.

Al momento en que el hombre se dio cuenta de que su defensa había fracasado, intentó luchar para escapar, haciendo que más bambú emergiera desde sus palmas dentro de la jaula—la arena giraba a su alrededor en espirales, alcanzando sus brazos y piernas, y luego subiendo por su cuerpo, envolviéndolo en una cáscara sólida, ajustada a su piel, de arena. La bambú que presionaba hacia afuera desde sus palmas no podía generar la fuerza suficiente para superar la arena, por lo que destruí la jaula de bambú desplazando la masa de arena a su alrededor. La retiré

toda, permitiendo que la cúpula cayera y que la masa de arena desapareciera. El hombre quedó de pie entre los escombros, atado por la arena y con solo la cabeza descubierta.

Ahora había brotes de bambú por doquier, sobresaliendo del suelo: del edificio, de los coches en el estacionamiento y de las paredes del gimnasio. Había tantos que no podía ver más que verde, y de las docenas de ventanas que existían hace solo unos minutos, solo tres permanecían intactas. Miré hacia abajo cuando el viento molestó mi uniforme y observé la manga faltante. Aunque el dolor había desaparecido y la herida ya había sido curada, la ropa no, y ahora el material circundante estaba empapado de rojo con mi sangre. Me pregunté si ese dolor era lo que Haru había sentido todos aquellos años atrás, después de que me rompí el brazo.

Podía oír las sirenas.

Estación de Policía, Musutafu.

La sala de espera estaba vacía y en silencio, el único sonido provenía de la tranquila conversación entre Sajin y el oficial tras el mostrador. No era la primera vez que entraba en una estación de policía, ni siquiera en esta en particular. Sajin, en su calidad de héroe profesional, colaboraba estrechamente con la policía, y lo hacía mucho más que el héroe promedio, ya sea como parte de un equipo de protección o como primer respondedor en situaciones de crisis. Era muy conocido y querido aquí. Existía una evidente ventaja en mantener una buena relación con la policía, y quizás en el futuro necesite trabajar junto a ellos—el principal beneficio era que contaban con una gran cantidad de recursos sobre criminales, villanos y personas desaparecidas, los cuales planeaba aprovechar en cuanto pudiera encontrar una forma de hacerlo sin ser descubierto.

Sajin estaba cómodo y claramente confiado a pesar de la situación que nos había llevado allí, y me pregunté si eso era porque pasaba más tiempo en edificios como estos que en su propia casa. El villano que atacó la escuela secundaria Pasana no lo hizo por ninguna razón verdadera, y su elección de objetivo fue espontánea—ni siquiera fue su primer ataque del día; había destruido un centro comercial antes de dirigirse a la escuela. La mayoría de los héroes estaban atendiendo un incendio en el otro lado de la ciudad en ese momento, y quienes estaban disponibles no tenían los poderes adecuados para detener al hombre. La furia del agresor terminó con cientos de heridos, pero con una sorprendentemente baja cantidad de muertes, teniendo en cuenta la magnitud del daño—seis en el centro comercial y tres en nuestra escuela.

Sajin se volvió al escuchar la apertura de una puerta y luego asintió a la mujer detrás del escritorio. Hizo contacto visual conmigo, y me levanté para seguirlo, llegando ambos a la puerta casi al mismo tiempo. Sajin colocó su mano en mi hombro y me guió hacia la habitación más allá—una simple mesa de madera y cuatro sillas vacías nos dieron la bienvenida.

“Toma asiento,” dijo Sajin, “solo serán un par de minutos hasta que llegue él.”

Hice lo que me indicaron, eligiendo la silla que miraba en dirección opuesta a la puerta sin dificultad, y luego observé cómo Sajin se apoyaba contra la pared a mi izquierda.

“¿Qué tan enojada estuvo Hayami cuando hablaron?” preguntó Sajin.

“Enojadísima,” respondí. “Salir del aula fue un error.”

“Lo fue,” coincidió Sajin.

La arena que había dejado en la sala de espera era más que suficiente para mantener la vista en la zona, y alcancé a ver a un hombre con traje oscuro acercándose a la puerta de nuestra habitación. Se detuvo justo en la entrada, revisó su reloj una vez, y luego abrió la puerta.

“Marcus,” dijo Sajin, levantándose de la pared. “Este es Hisoka, mi sobrino—¿no estabas aquí la última vez que lo traje, verdad?”

“No estaba,” aceptó Marcus, “Mucho gusto, Hisoka.”

“Buenos días, señor,” dije. “También es un placer conocerte.”

“Con la magnitud de las víctimas y los daños materiales, la situación se ha vuelto realmente difícil de manejar,” afirmó Marcus, entrelazando las manos sobre la mesa. “He estado realizando entrevistas desde que ocurrió esto—tantas, que podría recitar toda la secuencia de los hechos de memoria.”

El hombre negó con la cabeza tras esas palabras, lanzando un vistazo de condolencia a Sajin antes de volver a dirigirse a mí.

“La parte del ataque centrada en la escuela secundaria Pasana ha sido la más difícil—los niños realmente no deberían estar expuestos a cosas de esta naturaleza,” explicó Marcus con un suspiro profundo. “La escuela fue dura para mí, pero no puedo recordar haber sido atacado durante las clases.”

Sajin emitió un leve sonido de acuerdo en respuesta.

“He revisado la transcripción de la entrevista que diste a los primeros respondedores el día del ataque, y resulta bastante angustiante,” continuó Marcus. “Aunque es muy lamentable que tu heroísmo reciba un reproche, hay varias cosas que debemos discutir hoy respecto a los sucesos acontecidos.”

“Cometí un delito,” reconocí.

Marcus asintió, volviendo a enlazar sus manos sobre la mesa.

“Usaste tu poder de manera indiscriminada en público, y para enfrentarte directamente a un villano, sin la licencia requerida, ni autorización de alguien que pudiera otorgarla de manera temporal,” explicó Marcus. “Esto es una grave infracción a la ley, y sé que esto se enseña en las escuelas como parte del currículo obligatorio."

Ya conocía esto, tanto por la advertencia que todos los maestros nos daban al comienzo de cada año escolar, como por fuera de ella. Aunque no era ilegal usar tu poder en público, se desaprobaba usarlo de manera que pudiera ser disruptiva o inapropiada. Había ido mucho más allá al usarlo contra el villano, y al no haber pasado por la capacitación necesaria para hacerlo de forma segura—como la que ofrecen los programas de formación para héroes, enseñados en instituciones como la U.A. High School—, había puesto en riesgo a todos los presentes.

“El villano en cuestión ha asesinado a más de veinte personas hasta la fecha y ha herido a muchos más—más que cualquier otra cosa, te has puesto en un serio riesgo al intentar someterlo,” dijo Marcus, “Aunque no había héroes activos en la escena durante la batalla, no sabías con certeza si era así, y podrías haber interrumpido sus esfuerzos por controlar la situación.”

Sajin cruzó nuevamente los brazos, recostándose contra la pared, con el ceño fruncido ahora visible en su rostro.

“No digo esto para hacerte sentir mal o despreciar tus esfuerzos por proteger a tus compañeros de clase, sino porque necesito que comprendas cuán grave es la situación,” afirmó Marcus, “Esto pudo haber terminado de una manera muy distinta y mucho peor para todos los involucrados—hay una razón por la cual los héroes deben someterse a tanta preparación antes de obtener sus licencias, y también una razón por la cual no puedes hacer algo así otra vez.”

Marcus guardó silencio entonces, simplemente observándome desde el otro lado de la mesa, con una expectativa clara de que respondiera para reconocer lo que acababa de decirme—y ésta era probablemente mi mejor oportunidad para evitar una sanción mayor, así que tomé un momento para reunir la mejor respuesta posible.

“Entiendo, señor. Debería haberme quedado con mi profesora y el resto de mi clase,” dije, estudiando su rostro. “Salir del aula para luchar contra él fue un error.”

“Sajin ha hablado bien de ti, y ahora puedo entender por qué,” afirmó Marcus, asintiendo con aprobación. “No tendrás que pagar la multa, y no quedará ninguna marca en tu expediente—no lo justifiqué cuando tus acciones salvaron la vida de esos niños.”

“Gracias, señor,” dije.

“Y eso nos lleva a la segunda razón por la que estamos aquí hoy,” intervino Sajin, tomando la palabra. “¿Marcus?”

“Tus acciones—a pesar de infringir la ley—contribuyeron directamente a la captura de un villano extremadamente peligroso,” afirmó Marcus, asintiendo en señal de súplica. “Es gracias a esto y a la cobertura mediática del evento que has recibido seis recomendaciones diferentes para ingresar en U.A. High School.”

“Una de esas recomendaciones fue mía,” admitió Sajin desde su sitio junto a la pared. “Sé que tenías tu corazón puesto en Shiketsu, pero esto fue lo mejor que pude hacer.”

“Si no estás al tanto de lo que eso significa, te dará la oportunidad de participar en los Exámenes de Recomendación de U.A. que se celebrarán a finales de enero,” explicó Marcus, “Se realizarán exactamente un mes antes de los exámenes estándar, y tú podrás decidir si deseas participar o no.”

Nunca antes había oído hablar de su existencia hasta este momento.

“¿El fracaso me impide participar en los exámenes estándar?” pregunté.

“No, no lo hace,” afirmó Marcus. “Pero si apruebas, no tendrás que participar en el examen estándar para ingresar.”

“He oído que la estructura es bastante similar a la del examen normal, y que hay algún tipo de recorrido de obstáculos,” dijo Sajin, llevándose la mano a su bigote. “Además, habrá muchos menos chicos involucrados.”

Había estado preparándome para el examen estándar durante casi todo el año, y aunque no tenía ninguna intención ni expectativa de fallar, esto solo aumentaría mis posibilidades. Si pudiera participar en el examen adelantado y asegurar mi lugar en la escuela un mes antes de lo previsto, entonces no había motivo alguno para no intentarlo.

"Me gustaría intentar el Examen de Recomendación," dije. "Señor, ¿hay algo que deba hacer antes de que tenga lugar?"

Mansión Higawara, Musutafu.

No había ninguna información en internet acerca del Examen de Recomendación de U.A., ni en el sitio web que mantenía la escuela. Parecía totalmente innecesario que existiera, cuando cualquiera podía presentar el examen de entrada estándar—por supuesto, no todos lograrían ingresar, pero cualquiera podía aplicar. El proceso de inscripción habitual no era complicado, aunque contaba con varias etapas que muy probablemente actuarían como obstáculos para acceder. La primera era la presión social que enfrentaban quienes expresaban su deseo de unirse a la escuela de héroes más importante de Japón. Las burlas, la competencia y las dudas de tus compañeros detenían a muchos potenciales solicitantes antes incluso de llenar un formulario.

El formulario de solicitud era la segunda barrera; había que completar todas las preguntas, adjuntar toda la documentación académica relevante y enviarlo, sabiendo que sería revisado y evaluado por un panel desconocido. Algunos estudiantes se detenían aquí, descartados por malas calificaciones, bajo rendimiento, actitud negativa o problemas disciplinares. Los que superaban esta etapa enfrentaban la tercera: el temido y famoso Examen de Entrada de U.A.—cuyo contenido variaba cada año. Incluía un examen escrito y uno práctico, ambos evaluados mediante un sistema de puntos. Si fallabas alguno de los dos, te eliminaban discretamente del grupo de candidatos.

La última etapa era una evaluación realizada por un panel de profesores de la escuela, quienes investigaban tu solicitud y tu desempeño general en el examen para decidir si eras apto para la

U.A. Todo esto estaba claramente establecido y accesible para que cualquier estudiante se preparara—lo que me dejó con una sola duda. ¿Cuál era realmente el objetivo del Examen de Recomendación? ¿Por qué no adjuntar una recomendación directamente a la solicitud del examen estándar para que fuera considerada por el panel final, si el estudiante lograba superar las otras etapas? La pequeña introducción que recibí tras la Incidente del Instituto Pasana me explicó que existía fuera del sistema normal y en un momento distinto, pero también contenía un examen escrito y uno práctico, en un espejo nítido del examen estándar. La única diferencia parecía ser su selectividad, el requisito adicional de participar en una entrevista con un profesor y la forma de obtener una recomendación en primer lugar—yo conseguí seis recomendaciones sin buscarlo, cinco de ellas de héroes desconocidos que probablemente vieron mi defensa del Instituto Pasana en las noticias.

El grupo de participantes era menor, solo cincuenta estudiantes en el examen más selectivo, en contraste con los cientos en el examen estándar. Esto significaba menos competencia para ingresar, lo que aumentaba directamente la probabilidad de obtener un lugar en U.A. de manera significativa, y ya incluía esa posibilidad adicional de acceder a la escuela. Quienes lograban una recomendación claramente tenían mayores probabilidades de convertirse en héroes—y quizás esa fuera la verdadera razón de su existencia. No obtuve la recomendación por mi historial académico ejemplar; tampoco era lo suficientemente popular como para atraer atención extra—fui recomendado porque enfrenté a un villano poderoso. Quienes me recomendaron—con la excepción singular de Sajin—no sabían si yo aspiraba a ser héroe. Solo vieron la fuerza que era capaz de demostrar y decidieron que esa era la vía que debía seguir.

La función del Examen de Entrada era poner a prueba a quienes aspiraban a convertirse en héroes, para determinar quién podía llegar allí mediante habilidades, determinación y astucia. La finalidad del Examen de Recomendación era localizar a aquellos con poderes extraordinarios que, tal vez, no quisieran convertirse en héroes, y canalizarlos hacia una profesión que les brindara la formación necesaria para dominar sus habilidades—y quizás evitar que caigan en el olvido, y se conviertan en villanos en su lugar. Había infringido la ley de una manera muy pública. Había demostrado la capacidad de someter a un villano peligroso sin formación especializada. Había evidenciado que tenía una inclinación a involucrarme en eventos peligrosos y a usar mi don sin licencia para hacerlo.

El Examen de Recomendación no era un premio para quienes estaban en el centro de atención; era un sistema diseñado para asegurar que quienes mostraban potencial para convertirse en amenazas en el futuro fueran sutilmente alentados a convertirse en héroes en su lugar. Era una ventaja injusta que miles de otros aspirantes no tenían a su alcance, pero también era una estructura que existía en el mundo, independientemente de mis pensamientos al respecto. A mí no me importaba en absoluto porque acceder a la Escuela Secundaria U.A. era un paso necesario—la justicia nunca había sido algo que realmente importara.

Sala de Exámenes U.A., Musutafu.

La parte escrita del Examen de Recomendación estaba tan alineada con los materiales de preparación del examen estándar que ahora estaba completamente seguro de que era la misma

prueba. Eso era algo positivo porque significaba que ya había realizado varias decenas de prácticas con una versión similar, solo que una sola pregunta, de toda la prueba, era algo único, y como no me había preparado específicamente para ella, me había resultado algo difícil. Era una variación del problema del tranvía, modificada para incluir tanto civiles como héroes en su estructura. En resumen, describía una situación en la que podías tomar dos decisiones: dejar que el tren atropellara a los tres civiles y salvar a un héroe reconocido en el proceso, o cambiar la vía para salvar a los civiles y, a su vez, condenar al héroe.

Había dedicado más tiempo a tratar de entender la capas de esa pregunta que a completar el resto de la prueba en su totalidad. La respuesta más obvia era salvar a los civiles porque el héroe había aceptado este trabajo consciente de su elección, y los civiles eran simples espectadores inocentes que no deberían morir. El problema era que, al hacer un cálculo de valor, la cuestión se volvía mucho más difícil de responder. Un héroe podía salvar cientos de vidas a lo largo de su carrera—miles, si era alguien con la misma competencia que All Might, Endeavor, u otro de los héroes top—y, entonces, ¿qué equivalen tres vidas frente a esas cifras? Pensé en ello y reconocí claramente el potencial para el bien de los héroes, y con ello, me puse en un círculo de pensamientos.

Si elegía la opción más evidente, entonces estaba condenando intencionadamente a cientos de personas a la muerte porque ese héroe en particular no estaba allí para salvarlos. No era una vida contra tres; era todo el potencial de bien que cada grupo podía ofrecer y cuál de los dos tendría un beneficio más concreto para la sociedad. No había suficiente contexto para describir la trayectoria que seguirían las vidas de los civiles y calcular honestamente esa elección—¿eran doctores? ¿Asesinos? ¿Maestros? ¿Cuánto bien podrían hacer esas tres personas en el futuro? ¿Superaría el beneficio de un maestro al de salvar mil vidas? Si fueran excepcionales, podrían jugar un papel crucial en enseñar al niño o la niña que llegaría a convertirse en el próximo Star and Stripes o en el próximo All Might.

La pregunta era imposible de responder de manera informada, por lo que la única opción lógica era elegir la respuesta más evidente: un héroe salvaría a los civiles sin importar el costo. Pero existía una manera de responder a esta cuestión, una que se encontraba más allá de las restricciones estructurales del examen, y esa fue la elección que finalmente hice—una apuesta que sacrificaba un punto del test para apelar mejor a las sensibilidades de quienes lo calificaban.

—Eso es todo para la parte escrita del examen— anunció Present Mic, sonriendo con satisfacción desde la parte frontal de la sala—. Espero que todos hayan recordado firmar sus nombres en la parte superior.

Observé al hombre mientras se acercaba al podio al frente de la sala—Present Mic, un héroe profesional y uno de los docentes en U.A. High School, cuya presencia en el escenario marcó la llegada y la presencia durante toda la Evaluación de Recomendación.

—Pueden dejar sus pruebas en el escritorio al salir— dijo Present Mic, aplaudiendo con entusiasmo—. Finalmente llega lo entretenido—¡vamos a salir de aquí!

El hombre lanzó un grito de júbilo y luego giró sobre sus talones, dirigiéndose a la puerta. La abrió con un movimiento teatral y se quedó allí, expectante. La clase se movió en conjunto para seguir sus indicaciones, nerviosa pero coordinadamente. Yo deposité mi prueba en la pila antes de salir con los demás candidatos. La parte divertida a la que aludía ese hombre era algo que todos habíamos visto al llegar, pues el gigantesco circuito de obstáculos que se extendía más allá del edificio no podía esconderse a la vista. Las diminutas esferas de arena que había enviado a explorar previamente seguían dispersas por toda la extensión del recorrido, y fue a través de esas perspectivas que ideé una solución para el próximo examen mucho antes de que comenzara la parte escrita.

Había cinco áreas distintas, todas conectadas por una pista de carreras pintada con flechas que guiaban a los participantes a lo largo del recorrido. Este comenzaba con una ascensión por una empinada pendiente, cubierta de rocas inestables a ambos lados que probablemente caería para dificultar el paso. En la cima se encontraba la primera zona, una zona boscosa donde debían avanzar sorteando gruesos brazos como si fueran piedras de salto. La segunda zona era totalmente vertical, una pared de escalada que ascendía por una montaña creada artificialmente. La tercera consistía en una serie de cuatro puentes de cuerda que se bamboleaban peligrosamente con el viento, sin barandillas, y sobre ellos corría un río cuya corriente arrastraría a cualquiera que tuviera la mala suerte de caer, llevándolo de regreso al inicio del recorrido. La cuarta zona era una cascada con una serie de pilares que funcionaban como piedras de salto, con huecos irregulares que conducían hasta la base. La quinta y última zona era un campo minado de surtidores de agua que brotaban de aberturas en el suelo en ángulos extremos, con chorros lo suficientemente grandes y fuertes como para arrojar a los competidores por los aires. Cada una de esas cinco zonas estaba conectada por varios cientos de metros de camino, y en ambos extremos de cada zona había un par de puertas, claramente destinadas a ser atravesadas en ambos sentidos.

Como pueden ver, el examen práctico consiste en un recorrido de obstáculos, y las reglas son realmente sencillas, —dijo Present Mic una vez que todos se habían reunido en el inicio del circuito—. Deben llegar a la meta usando todos los medios a su alcance; utilicen su peculiaridad un poco, mucho, o no la usen en absoluto; la decisión es únicamente vuestra.

El hombre levantó la mano de manera espontánea y dinámica, guiado por una energía invisible cuya fuente simplemente no lograba imaginar.

—Este no es un recorrido que puedan superar solo con correr, y mientras pasen por las puertas en ambos extremos de las zonas señaladas, no serán penalizados por la forma en que consigan hacerlo—, afirmó Present Mic con una sonrisa radiante—. Tenemos cámaras y sensores distribuidos a lo largo del curso, así que sabremos si no los atraviesan.

Modifiqué mi plan para eliminar las secciones de carrera, pues las reglas establecidas significaban que podía ignorarlas por completo.

—No está permitido pelear ni interferir deliberadamente, y si intentan hacerlo serán expulsados de inmediato—, advirtió Present Mic con tono severo—. Si deciden rendirse en algún momento, aguárdense unos instantes y vendremos a buscarles, sin volver por el recorrido. Participarán en grupos de cinco, por lo que habrá diez rondas antes de concluir. Estaré llamando sus números, así

que cuando los escuchen, diríjanse a la puerta de inicio.

Miré el número que me habían entregado en el pecho, ahora claro el motivo de la distribución de las insignias.

—¿Listos para comenzar esta fiesta?—, anunció Present Mic, extendiendo la mano hacia un lado—. Número siete, catorce, veinticinco, cuarenta y seis y cincuenta; acérquense a la línea de salida.

Avancé al escuchar mi número, atravesando la multitud de estudiantes y bajando por las escaleras. Los otros cuatro competidores ya estaban adelante, a mitad de camino, y una chica de cabello verde oscuro y dientes afilados habló en cuanto llegó al final.

—¿Este es un recorrido de obstáculos, verdad?—, afirmó con confianza. —Espero que estén listos para perder.

—No todo es una competencia—, dijo un chico. —Haré lo mejor que pueda.

—Esto es literalmente una competencia—, replicó la chica. —¿Cómo te llamas?

—Iwaki Taro—, admitió Iwaki.

—Soy Setsuna Tokage—, dijo Setsuna. —Necesitas estar mucho más animado que esto.

Los otros dos permanecían en silencio, incluso más nerviosos que Iwaki. Intenté sin éxito descubrir la mecánica de sus peculiaridades solo con observación; ninguno mostraba rasgos heteromórficos que delataran alguna característica especial, salvo los dientes demasiado afilados de Setsuna, pero eso no fue suficiente para deducir detalles sobre sus habilidades más allá de lo evidente. Una serie de luces alineadas al borde de la plataforma estaban ahora en rojo, pero parpadeaban cada vez con mayor rapidez.

—Espero que estén preparados, porque la primera ronda está a punto de comenzar—, anunció Present Mic desde arriba y detrás de ellos—. Cuando todas las luces cambien a verde, ¡a correr!

Me colocé en el extremo izquierdo de la pista, frente a la marca blanca que delimitaba la línea de inicio, con los brazos cruzados, aguardando que las luces se volvieran verdes. Setsuna Tokage parecía a punto de desmoronarse, así que giré la vista para observarla mejor. A diferencia de mi capacidad de desintegrarme en arena, ella dividía su cuerpo en múltiples fragmentos más pequeños, todos flotando en el aire. Era una visión fascinante porque no había explicación visible para que su cuerpo siguiera funcionando con normalidad; ¿cómo podía respirar con la garganta desconectada de los pulmones? ¿Cómo circulaba la sangre de su cabeza a los miembros separados? ¿Cómo pasaban las señales desde su cerebro a los demás partes de su cuerpo? Cuando me convertí en arena, mi conciencia se conservaba, pero ninguna función verdadera de mi cuerpo original seguía activa. Que Setsuna no estuviera muriéndose por asfixia, hemorragias o paralización alguna, significaba que su peculiaridad mantenía en contacto cada pedazo de su cuerpo a través del espacio vacío—

—Oye, deberías estar concentrado en la prueba —dijo Setsuna, mostrando sus dientes afilados en una sonrisa—. ¿Qué haces mirándome fijamente?

Continué observando su cabeza desconectada por un momento más, preguntándome si aún tenía suficiente aire para formar las palabras o si ya no necesitaba respirar en absoluto.

—Perdona por mirar —dije, volviendo a colocarme en posición—. Tu habilidad es bastante interesante.

—Bueno, disfruta de la vista mientras puedas —dijo Setsuna—, porque pronto estaré tan lejos de ti que no podrás verme en absoluto—.

Las luces cambiaron a verde y Setsuna avanzó rápidamente, dejando atrás a los demás, mientras las múltiples piezas atravesaban el aire sobre la pista, ya no limitadas a la tierra como el resto. Iwaki y los otros dos, cuyos nombres no había tenido la oportunidad de conocer, se lanzaron tras ella a toda velocidad, seguramente quedarían sin aliento y agotados por intentar seguir su ritmo.

—¿Número cincuenta? —dijo Present Mic—, ¿vas a empezar en cualquier momento?

Me deshice y luego usé la esfera de arena que ya había movido hacia la primera zona para reconstruirme justo antes de la primera puerta. El sensor en la puerta se iluminó al cruzar hacia las ramas entrelazadas. Los árboles eran inmensos, y sus ramas lo suficientemente anchas como para pisarlas sin temor a perder el equilibrio. La vegetación cubría todo, actuando como una barrera deliberada para quien quisiera atravesar los árboles, dificultando ver en qué parte era seguro colocar los pies. Me lancé hacia adelante entre una nube de arena, pasé entre los huecos en las hojas y me reensamblé del otro lado, asegurando que el sensor se activara en el proceso al pasar por la puerta de salida.

Una vez que comprobé que había sido activado, me volví a deshacer y a reconstruir en la siguiente zona, esta vez en la base de la montaña artificial. Crucé la puerta sin detenerme, sin necesidad de usar las salientes escalonadas en las paredes. En lugar de eso, simplemente me elevé en espiral en el aire como una masa difusa de partículas, para luego reconstruir mi cuerpo frente a la puerta de salida. Crucé el punto de control y repetí la misma estrategia, apareciendo en la tercera zona. El viento que agitaba los puentes de cuerda no era lo bastante fuerte como para impedirme cruzar directamente y pasar por la siguiente puerta. La solución a los obstáculos cuarto y quinto fue idéntica: volar sobre ambos y atravesar los puntos de control necesarios. Reorganice mi figura en la línea de meta, manifestándome de nuevo al cruzar, activando el sensor y atrayendo la atención de Present Mic y los demás participantes, aún en proceso de completar la prueba.

—Vaya, eso sí que fue el tiempo más rápido que he visto —dijo Present Mic, desconcertado—. Número cincuenta obtiene el primer puesto, supongo.

—¿Ya has terminado? —preguntó una chica en la parte trasera, frunciendo el ceño—. ¿Pasaste por algún punto de control?

Hubo varios comentarios murmurados del grupo sobre hacer trampa, pero nada de lo que había hecho en la prueba había infringido ninguna regla conocida. Pasé por cada uno de los puntos de

control y hasta hice el esfuerzo de atravesar físicamente los obstáculos.

—Usar tu habilidad se espera y se fomenta —dijo Present Mic, silenciando las suspicacias—. Solo para confirmar, ¿podré verte pasar por cada uno de estos puntos en la transmisión por las cámaras?

El hecho de que tuviera que preguntar sugería que no disponía de un medio para monitorear la transmisión de las cámaras durante la prueba—esa sería probablemente la tarea de quien los iba a juzgar.

“Sí,” respondí, “también disminuí un poco la velocidad para asegurarme de activar cada uno.”

“Reducir la velocidad—esto me pone en marcha,” dijo Present Mic, levantando su mano en señal de entusiasmo. “¿Qué más tienen ustedes en la manga? Mejor traigan lo mejor, chicos, porque quiero verlo.”

La chica de atrás parecía todavía molesta, aunque no lograba entender exactamente por qué—¿acaso esperaba que realizara la tarea más lentamente de lo que podía? Si poseía algún poder que le permitiera terminarla en el mismo tiempo, habría esperado que lo hiciera así. La prueba era ver qué tan rápido podíamos completar el circuito de obstáculos; era lo que nos pedían hacer. Competíamos por un número limitado de plazas para recomendaciones—seis en total, cinco más de las que originalmente pensaba antes de llegar aquí—quizá, entonces, ella simplemente no había esperado enfrentar una competencia en este nivel.

Pero eso no importaba mucho, porque el jurado sería quien revisaría las grabaciones y, estadísticamente, era poco probable que volviera a cruzarse con esa chica. Ascendí las escaleras y pasé a la zona de espera para quienes ya habían terminado, sin prestar más atención al resto del grupo—y, siete minutos después, se materializó en mi vista Setsuna Tokage, jadeando por el cansancio, totalmente desgarrada en pedazos. Haber mantenido la actividad durante toda la carrera de obstáculos debía ser imposible o simplemente agotador para ella, pero el liderazgo que había tomado la había dejado muy atrás a las otras tres.

“El número siete ocupa el segundo lugar con otro tiempo impresionante,” dijo Present Mic, animando mientras cruzaba la meta. “Espero que todos estén atentos, porque este año tenemos un grupo muy interesante.”

No parecía que esas palabras hubieran sido dirigidas directamente a nosotros, y me pregunté si había alguna especie de transmisión de audio que seguía las conversaciones en la zona de espera.

“¿En serio?” alcanzó a decir Setsuna, mirando desde la línea de llegada. “No me digas que estuviste delante de mí todo ese tiempo—ni siquiera te vi.”

La expresión en su rostro era fascinante de observar: sorpresa, agotamiento, y un desafío persistente se mezclaban en algo que creaba una realidad mucho más allá de cualquiera de esas componentes. Era evidente que mostraba gran confianza en sí misma y que esa derrota inesperada no iba a detenerla en absoluto.

“Lo siento,” dije, “Creo que no estabas mirando lo suficientemente lejos adelante.”

Setsuna soltó una risa sin aliento tras escuchar cómo sus propias palabras le regresaban, y esa reacción se sumó a un patrón en crecimiento en mi comprensión de la comunicación. Había sido una apuesta segura—porque había estado dispuesta a hacer bromas amistosas a expensas de otros apenas minutos después de conocerlos, y eso indicaba que era receptiva a que le devolvieran la misma forma de interacción. Setsuna apoyó las manos en las rodillas hasta ponerse de pie recta, respirando profundamente.

“Soy Setsuna Tokage,” dijo, colocando ambas manos en las caderas. “¿Y tú cómo te llamas?”

“Me llamo Hisoka Higawara,” respondí, “Mucho gusto.”

Sala de Entrevistas, Escuela Superior U.A.

La puerta se abrió menos de un minuto después de que me hubiera sentado por primera vez, y la persona que entró en la habitación tenía una apariencia inusual, pero era completamente esperada.

—Buenas tardes, Señor Higawara; soy Nezu, director de la Escuela Secundaria U.A.,—dijo Nezu—Seré yo quien lleve a cabo su entrevista hoy, y debo decir que es un placer conocerle.

Nezu no era la persona más extraña que había visto, pero indudablemente era único, la naturaleza de su peculiaridad heteromórfica parecía haber distorsionado su cuerpo mucho más allá del de un humano normal. Era bajo, cubierto de pelaje blanco, y poseía una cola delgada. Tenía una sola cicatriz gruesa que atravesaba su ojo en ángulo, y milagrosamente había conservado la vista de alguna manera—pero más allá de sus rasgos distintivos, Nezu vestía con elegancia, envuelto en un chaleco negro a medida.

—Buenas tardes, Director Nezu,—dije,—también es un gusto conocerte.

Nezu tomó su tiempo para subir cuidadosamente a la silla frente a mí, completamente cómodo con la tarea. Una vez que estuvo instalado, se palmeó a sí mismo para asegurarse de que su ropa permaneciera sin arrugas, antes de dirigir una sonrisa en mi dirección—hablé porque quizás no habría otra oportunidad de hacer preguntas una vez que la entrevista comenzara oficialmente.

—Señor, ¿es habitual que sea el director quien conduzca la entrevista para el examen de recomendación?—pregunté—El paquete de información sugería que sería un profesor suplente.

La sonrisa de Nezu creció ante la pregunta, y apoyó sus patas sobre la mesa frente a él, completamente relajado.

—Para nada,—respondió Nezu—Usualmente, son los profesores de aula quienes llevan a cabo las entrevistas, pero quería realizarla personalmente.

Nezu no dijo nada más para explicar por qué quería reunirse específicamente conmigo, algo que parecía sumamente inusual, ya que esto iba en contra del proceso normal, y ninguno de los dos había interactuado antes de ese momento. Quedó claro, por la confirmación y por su deliberada omisión en explicar el motivo, que esperaba que yo preguntara por qué—

—Entiendo,—respondí.

Hubo una pausa extraña en la conversación, mientras yo evitaba a toda costa hacer la pregunta. Por un largo momento, simplemente nos observamos mutuamente, pero a medida que el silencio crecía, también lo hacía la sonrisa de Nezu.

—Fantástico, ya he hablado con cada uno de los que hicieron las recomendaciones en su nombre, y fueron muy sinceros respecto a la razón,—dijo Nezu,—Las acciones que tomó durante el incidente en la Escuela Secundaria Pasana fueron la causa de cada una—y, por casualidad, he visto el video yo mismo, y fue todo un espectáculo.

Toda la declaración se hizo de manera positiva y casi animada, como si buscara dejar alguna especie de cumplido—pero el contenido de las palabras era completamente neutral. Recordé mi primera cita después de obtener mi peculiaridad, cuando la mujer elevaba la voz en tono cada vez que me dirigía la palabra, pero no a ninguna otra persona. En aquel entonces no entendía qué significaba, y cuando le pregunté a Hayami al respecto después, la explicación fue una situación incómoda. Esencialmente, ella moderaba su tono para intentar agradarme mejor. Decir las cosas de forma agradable o con una voz emocionada pretendía conquistarte y, a su vez, asegurarse de que yo estuviera contento de responder sus preguntas.

Había visto muchas versiones de ello a lo largo de los años desde aquel día, y lo que Nezu hacía en ese momento era igualmente engañoso. Utilizaba el tono de voz adecuado, el tono preciso y escogía sus palabras cuidadosamente para transmitir una sensación de seguridad, aceptación y amistad; pero, a pesar de lo que parecía, en realidad no me estaba elogiando por ello. El contexto más amplio en el que ocurría esta conversación era una entrevista que decidiría si yo recibiría la formación para convertirme en héroe. Era un intento de evaluar si había aprendido algo de los resultados de aquel evento, y probablemente me alentaría a expresar mis pensamientos sobre el asunto—hablé antes de que pudiera hacerlo él.

“No me arrepiento de proteger a mis compañeros de clase ni a mi profesor,” dije, “pero desearía haberme limitado completamente a la defensa; infringí la ley cuando fui más allá de eso.”

Era la respuesta más segura posible, demostrando que quería defender a quienes no podían protegerse por sí mismos, al mismo tiempo que reconocía que había leyes que debía seguir mientras lo hacía.

“No eres el primero en ser recomendado en tales circunstancias, ni el primero en actuar en medio del calor del momento,” dijo Nezu. “Por eso existen instituciones como ésta, para enseñar a quienes cuidamos las habilidades necesarias para mantener el control durante situaciones difíciles.”

La insinuación de que había perdido el control de mí mismo resultaba inquietante—porque hubo un momento en que estuve en la azotea y perdí el control— y nadie había sugerido jamás que no había logrado mantenerlo, solo que fue un error salir del edificio para enfrentar al villano. No respondí a sus palabras porque intentar defenderme sería confirmar que tenía razón.

“Ahora, tengo algunas preguntas para ti,” dijo Nezu. “Señor Higawara, ¿por qué quieres convertirte en héroe?”

Quería ser héroe porque eso era lo que Nanami deseaba para los dos—íbamos a salvar el mundo juntos. Pero para que eso sucediera, debía desarrollar las habilidades necesarias para localizarla. Necesitaba entrenamiento en búsqueda y rescate. Necesitaba entrenamiento en perfiles criminales y en rastreo. Necesitaba una licencia de héroe para acceder a archivos y bases de datos que actualmente no podía utilizar. Necesitaba la reputación que viene con ser héroe y las conexiones que ello conlleva. Tenía que encontrar al responsable de la muerte de Hiroshi y Kana—y después, haría que me dijera exactamente qué había hecho con Nanami.

“Quiero evitar que cosas malas le sucedan a personas buenas,” dije, “es lo que hace mi tío, y es lo que me gustaría hacer a mí.”

Era una versión resumida de la misma respuesta que incluí en el proceso de solicitud, y probablemente esperaba que la escuchara.

“Es un objetivo noble, y parece que tienes la disposición necesaria para este tipo de carrera,” dijo Nezu. “También posees un talento que se adapta bien a ella—aunque estés sin entrenar y sin la cualificación para usarlo.”

Un segundo intento de explorar la misma posible debilidad, diseñado para provocar algún tipo de defensa o argumento acerca de por qué habías pensado que tu uso era justificado en el pasado. Simplemente asentí en acuerdo, y la sonrisa en su rostro creció en respuesta.

Es una práctica habitual revisar toda la información que nos ha enviado, por lo que conozco bastante bien su historial académico, —dijo Nezu—. Tuvo serias dificultades de aprendizaje durante su infancia, pero su rendimiento ha ido mejorando de manera constante desde entonces, y hoy en día se ubica en la cima de su clase en todas las asignaturas.

Asentí en respuesta, y él volvió a hablar.

“Es un logro verdaderamente notable,” dijo Nezu, “Dígame, ¿a qué atribuye todo este progreso?”

Fue dedicar horas del día a leer, escribir, practicar y estudiar sin descanso. Años preguntando a la tía Hayami y al tío Sajin un sinfín de cuestiones. Surge de imaginar un millón de resultados diferentes y de esforzarme en entender los sesgos inherentes en quienes me rodean. Consistió en descubrir motivaciones, analizar trayectorias y prever lo que vendrá después, construyendo así un patrón de pensamiento que me permitiese interactuar con éxito con el mundo—fue fortaleza y perseverancia.

“Trampa,” dije yo.

Nezu asintió en señal de aprobación con mi respuesta, su sonrisa se amplió una vez más, en completo contraste con lo que suelo esperar en una comunicación convencional—no había picos ni caídas, no había destellos momentáneos en su expresión, cambios en su postura, ni alteraciones tonales que normalmente se esperarían; simplemente existía.

“No, no me gustaba ser siempre el que terminaba en último lugar o el que no entendía lo que se decía,” afirmé, estudiando su rostro. “Quería mejorar, así que trabajé para cambiar esa situación—me gustaría pensar que he tenido éxito, en su mayor parte.”

Nezu comentó con interés: “Hay una historia bastante interesante relacionada con tu primer año en la Escuela Primaria de Musutafu, en la que aparece un niño llamado Haru Sarada. ¿Sigues teniendo dificultades para relacionarte con los demás?”

Lo que realmente me preguntaba era si aún resolvía los problemas interpersonales deshaciendo a las personas, cometiendo errores sin pensar. Aprendí mucho de Haru y de las consecuencias de actuar sin reflexionar, pero desearía que no hubiera quedado tan pegado a mí—ya casi ha pasado una década desde aquel incidente, y todavía llevo las secuelas de mi error.

“Ahora soy mucho mejor en comunicarme que entonces,” respondí, “Mis errores suelen limitarse a algunas palabras mal elegidas de vez en cuando.”

En aquel momento, solía estudiar las reacciones de quienes me escuchaban, muchas veces desde varias perspectivas simultáneamente para maximizar la información que recibía. Nezu hablaba como un humano, sonreía como uno, y gesticulaba con naturalidad. De hecho, tenía todos los rasgos que uno esperaría en una persona así. Pero el problema era que nada había cambiado desde que entró en la habitación por primera vez. La sonrisa había permanecido intacta desde el inicio del encuentro. Se intensificaba ante respuestas inesperadas y se suavizaba cuando la respuesta era la que él anticipaba.

Las expresiones espontáneas desaparecían o se difuminaban con el tiempo, pero la sonrisa de Nezu permanecía fija, completamente desconectada de lo que pudiera estar sintiendo. Era una sonrisa familiar para mí, porque la había practicado muchas veces frente al espejo. Comencé a sospechar que tal vez compartíamos mucho más de lo que imaginaba—o bien, que el director Nezu imitaba mi afecto para inducirme a pensar de esa manera.

“Ha sido una charla bastante interesante, y creo que comenzaré a realizar entrevistas con mayor frecuencia,” dijo Nezu, “Gracias por ser honesto conmigo, Señor Higawara.”

No había indicios de si había aprobado esa parte del proceso de ingreso, pero era evidente que había llegado a su fin, y probablemente esperaba que fuera yo quien tomara la iniciativa para preguntar sobre mi desempeño. Podría imaginar que alguien más se sentiría presionado en esos momentos finales de la entrevista, ya sea para causar una buena impresión o simplemente para saber si había sido rechazado. Mucho dependía de la respuesta a esa pregunta, tanto para mí como para cualquier otro participante que hubiera llegado hasta aquí—en lugar de hacer la pregunta que todos esperaban, aproveché ese momento para poner a prueba una hipótesis.

“Gracias por recibirme,” dije, “Mi tía Hayami me espera—¿hemos terminado?”

La sonrisa de Nezu se ensanchó.

“Sí, hemos terminado, y te deseo la mejor suerte, Señor Higawara,” dijo Nezu, “El resultado de tu examen llegará en una semana—estate atento a ello.”

Residencia Higawara, Musutafu.

Llevé la pila de correspondencia de regreso a la casa de Hayami, el peso de los sobres sugería que contenían algo mucho más pesado que solo papel—lo descubrí un momento después: una placa circular sólida, sellada en uno de ellos. Hayami estaba en la mesa de la cocina, con sus gafas de lectura colgando en el extremo de la nariz, mientras desplazaba la pantalla de su teléfono, revisando su feed en las redes sociales. Coloqué la pila sobre la mesa y aparté cuidadosamente el sobre más pesado del resto. Clasifiqué los sobres en una pila dirigida a ella, y Hayami levantó la vista al ver cómo se los deslizaba hacia ella en la mesa. Era una situación poco común en la que recibía una carta, por lo que notó de inmediato ese hecho.

“Hisoka—” dijo Hayami. “¿Eso es lo que creo que es?”

“Sí,” respondí, “Parece que ya recibí mis resultados.”

El contenido de esa carta decidiría muchas cosas en nuestro futuro. Si era aceptado, comenzaría a vivir por mi cuenta, y Hayami recuperaría una porción aún mayor de la libertad que había sacrificado durante tanto tiempo. Me acercaba un paso más a mi objetivo y al entrenamiento necesario para alcanzarlo—era curioso que, de los dos, Hayami pareciera estar mucho más nerviosa por el resultado que yo. Me preguntaba si eso se debía a que su futuro dependía de esa decisión o simplemente a que le preocupaba cómo reaccionaría si fallara—debería averiguarlo ahora para no agregarle más estrés.

“Bueno,” dijo Hayami, colocando su teléfono sobre la mesa, “¿No vas a abrirlo?”

Moví la punta de mi dedo a la arena, formando una hoja afilada para deslizarla bajo el pliegue del sobre, y la usé para forzar la apertura del sello de cera roja. La placa que había sentido a través del papel era, en realidad, de metal, y se reconocía a simple vista como un proyector, lo que indicaba que habría un mensaje grabado incluido. La coloqué sobre el escritorio, y la proyección apareció de repente—era casi transparente en la habitación iluminada, pero la figura desvaída que emergió podría haber sido reconocida en una habitación sin luz alguna.

—Estoy aquí —dijo All Might saludando—. No he llegado a esta ciudad únicamente para combatir el crimen, como quizás pensaste—tengo un motivo oculto.

Detrás del hombre había un elaborado fondo brillante y reluciente, y en lugar de una de las muchas variaciones del disfraz que acostumbraba a llevar, vestía un impecable traje de negocios dorado que sospechaba que muy pocos serían capaces de lucir con gracia.

—En este momento, estás mirando al nuevo miembro del profesorado de la Escuela Secundaria U.A., —dijo All Might—. Así es, ahora soy instructor en esta distinguida institución.

—No hay ninguna noticia al respecto en los medios —murmuró Hayami, sorprendido—.

—Señor Higawara, me complace anunciar que ha aprobado el Examen de Recomendación con puntuación perfecta en la parte escrita y que estableció un récord en el tiempo en la parte práctica —explicó All Might, claramente leyendo la información de una hoja que sostenía—. Es un logro extraordinario—felicidades, señor Higawara.

—Él dijo tu nombre —dijo Hayami, asombrada—. Pero no me dijiste que habías logrado tan buen resultado —¿te das cuenta de cuánto me preocupé?—

No tuve mucho tiempo para responder, porque el mensaje seguía reproduciéndose sin tener en cuenta mi error.

—Me alegra informarte que has sido aceptado en la Escuela Secundaria U.A., y ahora eres un héroe en entrenamiento —dijo All Might, con los dientes brillando bajo la luz—. Bienvenido, señor Higawara—esta es tu academia de héroes.

All Might extendió su mano hacia la cámara, con los dedos abiertos en señal de aceptación, y en ese instante la proyección se detuvo, apagándose posteriormente, dejando el mensaje completo—Hayami ya estaba junto a la mesa y sentí cómo me envolvía en sus brazos con firmeza.

—Lo lograste, Hisoka —murmuró Hayami—. Has entrado.

Ahora era oficialmente un héroe en entrenamiento en la escuela más prestigiosa de Japón, y todo comenzaba a encajar—solo que deseaba que Nanami estuviera aquí para verlo.

Mansión Higawara, Musutafu.

—No es exactamente una sorpresa, considerando que sabe todo desde hace casi un año —indicó Sajin—. Mejor dáselo ahora.

Hayami metió la mano en uno de los bolsillos traseros de sus jeans y sacó una única llave de plata, colgada de un lazo metálico. La dejó colgando debajo del lazo al extender la mano con una sonrisa.

—Tienes razón —dijo Hayami con un suspiro—. Hisoka, esto es para ti.

Extendí la mano para tomar el objeto de ella y ella lo colocó en mi palma, haciendo que la cerrara con cuidado.

—No te pediré que la cuides porque ya sé que lo harás —dijo Hayami, sonriendo—. Solo quiero que recuerdes que esto no es para siempre, ¿vale? Si alguna vez te sientes solo o preocupado, siempre puedes volver aquí en cualquier momento—¿lo entiendes?

—Lo entiendo —respondí.

—Muy bien —dijo Hayami, exhalando—. Te llamaré para asegurarme de que todo esté bien, y si necesitas algo, siempre puedes llamarme.

—Lo haré —dije—. Gracias, tía Hayami.

—Seguiré pasando por la tarde, cuando tenga tiempo —dijo Sajin antes de lanzar una mirada cautelosa a Hayami—. No te preocupes, solo será unos minutos, así tendrás tiempo para esconder a tus novias en el baño.

Hayami pareció alarmada ante la idea y Sajin empezó a reírse ante la ocurrencia.

"No habrá novias en el apartamento", insistió Hayami, "¡Ay, por el amor de—¿en serio, no puedes madurar un poco?"

La llave simbolizaba la libertad de moverme que pronto sería mía, y la promesa de apoyo era alentadora, aunque la negligencia que eso conllevaba resultaba algo menos agradable. Había cosas que deseaba hacer, pero las visitas podrían interferir en ellas, así que tendría que planificarlas en torno a las mismas. Sajin era un hombre de rutinas, y la inducción me permitía prever que probablemente me avisaría con algunos días de antelación sobre su llegada. No solía desviarse de esas cosas sin una razón muy justificada, así que, siudaba con atención, podría coordinarme para evitar conflictos.

Tendría que abandonar Musutafu en algún momento de los meses venideros, lo cual sería complicado de gestionar, pero eventualmente surgiría una oportunidad. Solo necesitaba ser paciente. Requeriría una planificación cuidadosa antes de sentirme cómodo para intentar algo así, y considerando mi asistencia a la Escuela Secundaria U.A., el plazo sería estrictamente limitado. Si me descubrieran saliendo de la ciudad, probablemente sería la última vez que tendría la oportunidad de hacerlo hasta ser mayor de edad.

"No te preocupes por mover tus cosas todavía; aún faltan unas semanas para que debamos pensarlo", dijo Hayami. "La mejor época sería probablemente la última semana de marzo, ¿sí?"

En cualquier caso, no podía intentar nada de inmediato, y la nueva rutina en la que mi vida caería requeriría varias semanas para adaptarme completamente.

"Entiendo", respondí.

"Bueno, ahora que ya tenemos el apartamento resuelto", dijo Sajin, "¿Qué piensas hacer respecto al transporte desde allí hasta la escuela?"

Había escuchado varias conversaciones sobre el apartamento en los últimos meses, así que ya conocía la ubicación general desde hacía tiempo. Había varias opciones, incluyendo un viaje en metro de cinco minutos o un trayecto en autobús de quince minutos. También podía caminar o correr si quería incorporar más ejercicio en mi rutina diaria; les expliqué cada opción y luego pedí consejo a Sajin, sin ocultarle la opción que ya había decidido, para que no influyera en su opinión.

"El tren probablemente sea tu mejor opción, y seguramente habrá varios estudiantes de U.A. en él", dijo Sajin. "Tuvimos días bastante intensos físicamente en Shiketsu, así que sería mejor evitar agotarte y correr a la escuela todos los días".

Asentí ante su respuesta: llegar a clase cansado y agotado daría la impresión de que no puedo gestionar bien mi tiempo sin supervisión adulta, lo cual podría afectar negativamente mi nueva situación de vivienda.

"Tomaré el tren", acordé.

El apartamento de Hisoka, Musutafu.

"Bueno", dudó Hayami, "es mucho más pequeño de lo que me imaginaba".

Sajin ya había comenzado a guardar las compras que habíamos hecho, dejando a Hayami y a mí para explorar el apartamento.

"Sí, ya lo dije, que era pequeño", dijo Sajin sin girarse. "Me parece que la señorita Mansión aquí no tuvo las expectativas muy claras".

Tomé nota de su expresión; evidentemente, Sajin había sido quien realizara la inspección, algo que desconocía. Vivía mucho más cerca del lugar que Hayami, así que tenía sentido que fuera él quien se encargara. Hayami no se equivocaba respecto al tamaño, pues toda la vivienda cabría en mi habitación dos veces. La cocina más o menos conectaba directamente con el dormitorio. También podía ver la puerta que conducía al baño, y al abrirla, noté que era bastante compacto.

—Yo solo—» empezó Hayami antes de hacer una pausa—.Hisoka, ¿qué piensas? ¿Es esto demasiado pequeño?

Es posible que ella estuviera reconsiderando permitir que viviera por mi cuenta y que el tamaño del apartamento pudiera ser una justificación suficiente para revocar esa decisión. Pero, considerando que ya estábamos en pleno proceso de mudanza y que todas mis pertenencias estaban selladas dentro de las cajas que llenaban la habitación, parecía poco probable que ella hiciera algo tan drástico—aun así, debería intentar distraerla de esa idea.

—Es pequeño, pero me gusta—, dije—, puede que tenga dificultades para esconder a todas mis novias cuando vengas de visita.

Hayami se quedó sorprendida por la broma inesperada, y cuando se dio cuenta de lo que había sido, empezó a reír—, parecía más que exitosa en alejar sus pensamientos de cualquier cosa negativa.

—El chico tiene un punto válido—, dijo Sajin, impresionado—. Quizá sí necesite un apartamento más grande después de todo—

—Deja de decir tonterías—, dijo Hayami, pero ahora sonreía—. Eesto podría ser lo mejor, al fin y al cabo.

Pasamos el resto de la tarde desempacando las cajas, un proceso que no llevó mucho tiempo—, una mezcla de haber traído pocas cosas y el uso liberal de mi quirk. Cuando por fin aparté las cortinas, descubrí que había una ventana con vista a la calle de abajo. Podía ver a decenas de personas moviéndose de un lado a otro en los senderos, en una mezcla de actividades diarias, ya sea regresando del trabajo o en camino a algún otro destino—.Pronto sería uno de ellos, caminando por el mismo sendero para llegar al metro y, desde allí, a U.A. High School.

Estaba seguro de que sería extraño vivir solo. Habría cosas con las que no habría tenido que lidiar antes y problemas para los que tendría que encontrar soluciones—, pero eso lo había estado haciendo toda mi vida. Me giré para mirar cómo Sajin y Hayami discutían sobre dónde colocar una de las pequeñas esculturas angulares que ella había hecho para decorar el apartamento. Esta noche dormiría aquí solo—, y aunque no era la primera vez que dormitaba en una casa por mi cuenta—, sería la primera vez que lo hacía bajo circunstancias como estas. Hayami también volvería sola al mansión. Sospechaba que empezaría a organizar su próximo viaje en una semana, y pensé que eso me agradaba más que la idea de que ella se quedara en esa enorme mansión vacía, sola.

—Hisoka—, dijo Hayami, respirando por la nariz—, dime a ese tío salvaje que tengo que mi escultura no va encima del váter.

Apartamento de Hisoka, Musutafu.

Hayami y Sajin se despidieron cuando ya caía la noche, dejando las últimas tareas de desempacado en mis manos—, era una sensación muy extraña, estar sentado completamente solo en una habitación desconocida, al otro lado de la ciudad del lugar donde había pasado cada noche durante la última década. No estaba seguro de qué era exactamente ese sentimiento—, una extraña mezcla de anticipación y una vaga, indeterminada sensación de que había hecho algo mal—, pero persistió mucho tiempo después de que se fueron. Parecía que Hayami realmente estaba reconsiderando todo, pero cuando esa idea se hizo realmente patente para ella, ya había sido demasiado tarde para deshacer fácilmente todo el trabajo que habían hecho para planearlo. Me pregunté qué significaba eso y si había juzgado mal la situación.

Había pensado que Hayami estaría encantada y emocionada por soltar la correa de su cuello y volver verdaderamente al mundo—pero entonces empezó a llorar. Hacía mucho tiempo que no lograba hacer llorar a Hayami, y debido a lo inesperado de la situación, no supe qué decir para aliviar su dolor. Pero una vez más, y como siempre, Sajin supo exactamente qué decir. Consiguió calmar la situación, aliviar su sufrimiento y luego se llevó a Hayami lejos. Ahora, me encontraba solo, en la libertad que yo mismo había generado, preguntándome por qué aquello no resultaba tan satisfactorio como había imaginado.

"Fortaleza y perseverancia", susurré.

El primer día de clases se acercaba rápidamente, y esta vez no sería una escuela común con clases habituales. Sería mi primer día en una escuela que formaba héroes. De los cincuenta estudiantes que habían presentado el Examen de Recomendación, solo seis habían pasado, mientras que el resto había sido fuertemente alentado a presentar el Examen de Ingreso estándar. Aquellos seis estudiantes estaban divididos en dos grupos de tres, cada uno en una clase diferente—no conocía la identidad de ninguno de los aprobados salvo la mía, ya que la información no sería revelada hasta que los resultados del otro examen se confirmaran.

Lo sabía—gracias a la carta que acompañaba al proyector—que yo, junto con otros dos, sería colocado en la Clase I-A. Un total de tres miembros de mi clase habrían ingresado por un medio distinto al de los otros diecisiete, y me preguntaba si eso traería algún problema en el futuro. Ser uno de los tres estudiantes recomendados destacaría notablemente, y eso iba en contra de mi estrategia habitual de integración. Sobresalir era algo que generalmente provocaba problemas. Lo sabía porque cada vez que me había distinguido en la vida, me había enfrentado a una serie de dificultades que iban desde ser "reprendido por un mes" hasta "tener que acudir a una entrevista policial por infringir la ley".

La cantidad de problemas que surgieron a raíz de esos eventos se mantenían latentes hasta hoy, con conversaciones en susurros, artículos despectivos y una distancia social impuesta por la comunidad escolar. El resto de los estudiantes de la escuela ya había podido regresar a la Escuela Secundaria Pasana después de reparar los daños, y yo también, pero el aumento de atención que había recibido había sido difícil de manejar. A diferencia de las secuelas de haber roto el brazo de Haru, los demás estudiantes no me tenían miedo—al contrario, empezaron a buscarme entre clases, en el almuerzo, con el objetivo de hablar conmigo. Estaba acostumbrado a los saludos casuales de quienes compartían clases conmigo, pero ahora me abordaban completos desconocidos, entablando conversaciones sobre temas extraños y diversas.

Nunca había recibido tanta atención positiva antes, y aunque en ocasiones resultaba incómodo, era algo a lo que debía acostumbrarme. La vida bajo los reflejos de la fama era un requisito para convertirse en héroe, y no podía evitarlo del todo, así que tendría que aprender a vivir con ello—y si no lograba hacerlo, simplemente aprendería a fingirlo.